



Eduardo Comesaña

Guerrillero Panufnik: A sus anchas.

Música

El compositor que quería vivir

Con la barba crecida y las ropas en jirones, el guerrillero se tendió lentamente en el foso. Acababan de darle la noticia, y en realidad no era su cuerpo lo que necesitaba descansar, acostumbrado como estaba a las vigili-
 as y los alertas de esa Varsovia despedazada; lo que pedía tregua en el guerrillero, no era otra cosa que su memoria. Por ella pasaban ahora, en rápido galope, su nacimiento en esa misma ciudad ardida, treinta años atrás, cuando nadie hubiese conjeturado la invasión y la muerte; el rostro de su padre, un viejo *luthier* que lo iniciara en el amor por la música; la juventud en París; las noches en Viena, al amparo magistral del director Félix Weingartner.

Y todo eso, de golpe, viniendo con la noticia: porque esa noche de 1943, el compositor y director polaco Andrzej Panufnik supo que su producción íntegra, había sido arrasada por un incendio. Poco importaba entonces, cuando no se sabía si de la ciudad incendiada por los cuatro costados saldría alguien con vida, pero para Panufnik algo más que su pasado se jugaba con ese acontecimiento: su decisión de no transigir, de volver a dejar sumergido todo en el fuego si fuese necesario. Hace pocos días, en Buenos Aires, recordó esos momentos: "Entonces me decidí a vivir en libertad —memoró—: para siempre, y a cualquier precio."

Que no era una decisión emocional, tuvo ocasión de probarlo diez años después: a pesar de haber sido condecorado por el gobierno comunista, en pago a su actuación durante la resistencia, Panufnik se sentía maniatado. Sin otra cosa que la remota amistad de Igor Markevitch y Nadia Boulanger, huyó a Londres en 1954, como músico sin trabajo; Polonia perdió entonces al mayor talento musical nacido en su tierra después de Karol Szymanowski, e Inglaterra lo incorporó rápidamente a su Parnaso cosmopolita.

En la actualidad, Panufnik es ciudadano inglés y está casado con una súbdita del reino (Camilla, pelo negro y anchos ojos, 27 años). Antes de eso, los ingleses se habían rendido a su talento, confiándole la dirección de sus cinco principales orquestas: la Philharmonia, la London Symphony, las Filarmonías de Londres y Real, y la Sinfónica de la B.B.C.

En 1960, Buenos Aires lo vio por primera vez con su desgarbado físico de adolescente, el invariable pulóver con el que se presenta a los ensayos, y la gestación de una Sinfonía Sacra en homenaje al milenario de Polonia, horadando su mente. Ahora, a cinco años de su primera visita, Panufnik vino precisamente a dirigir el estreno sudamericano de esa Sinfonía en el Teatro Colón, aureolada por el resplandeciente *Grand Prix de Composition Prince Rainer III* con el que el principado de Mónaco la consagró entre 133 obras de 38 países.

Pero otra diferencia distinguió aquella visita de la actual: un Panufnik rejuvenecido paseó por Buenos Aires del brazo de Camilla (con quien se casó en 1962) asombrado como un chilquín ante los granaderos que el 25 de mayo desparramó por las calles. También así colaboró a dejar una fórmula del talento: cierta capacidad para retornar a la inocencia. ♦

Discos

La tercera oportunidad

Sinfonía Nº 6, opus 47, por Dimitri Shostakovich (D. G. G. 38031-SLPM-Estéreo).

En 1930, un muchacho de flequillo revuelto y gruesos anteojos, esperaba con ansiedad el juicio de una nutrida trinchera de críticos que presenciaban el estreno de su ópera *La Nariz*, basa-



Rebelde Shostakovich: La prueba.

da en un cuento de Nicolás Gogol. El muchacho —de sólo 24 años— se jugaba aquella noche las conquistas de un creciente prestigio, que comenzaba a señalarlo con preferencia entre los de su generación. Milagrosamente, Dimitri Shostakovich no sucumbió al agrio aluvión que "la crítica especializada" desató sobre sus espaldas después del estreno: más aún, su estrella continuó brillando después que, cuatro años más tarde, el *Pravda* calificó de "monstruosidad" a su segunda ópera, *Lady Macbeth de Mzenk*.

Pero esa supervivencia no fue gratuita: para conseguirla, Shostakovich debió encerrarse hasta 1937, y emerger de su situación de semiproscrito con un verdadero desafío. Para pasar su tercera prueba ante la crítica oficial —que lo acusara de desviacionismo—, el compositor eligió un tema y un motivo en el que no cabían términos medios: el vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, a la que dedicó su Quinta Sinfonía.

El éxito fue fulminante: el todopoderoso Alexei Tolstoy saludó el advenimiento de la Sinfonía, en *Izvestia*, señalando que "el público, de pie, estalló en regocijo", y Shostakovich pudo iniciar desde allí, una carrera que culminaría en la obtención del Premio Stalin 1941. La depuración antistalinista que siguió a la muerte del dictador, le permitió después una mayor cuota de aire para sus creaciones, y el reconocimiento unánime de Occidente como el mayor compositor ruso contemporáneo: el trago amargo había pasado.

Ese equilibrio que el músico supo mantener entre su mundo y las presiones externas, vuelve a ser ahora tema de comentario: la versión de la Quinta Sinfonía por la Sinfónica de la Filarmonía Nacional de Varsovia, que reaparece en el mercado discográfico argentino, es el motivo para recordarlo. Bajo la batuta del pulcro Witold Rowicki, la orquesta polaca reafirma los sobrados méritos que la hacen figurar como uno de los complejos sinfónicos más impecables de Europa: la fidelidad al estilo de Shostakovich, y a su recóndita rebeldía, es el mayor hallazgo de una grabación ilustrada por una dudosa reproducción de Francisco de Goya y Lucientes. ♦

RECORDS

CLASICOS

Danzas, divertimientos y conciertos del siglo XVIII, por Jean-Pierre Rampal y Maurice André (Philips).

Canciones napolitanas, por Giuseppe Distéfano (Angel).

Guía orquestal para la juventud, de Benjamin Britten, por la Orquesta de la Radiodifusión-Televisión Francesa dirigida por Lorin Maazel (DGG).

JAZZ

Kid Ory's, con su Creole Jazz Band (Trova).

Duke Ellington en la era 1927-40, por DE y su orquesta (CBS).

Vuelo de flauta, por Herbie Mann y Bobby Jasper (Prestige).

MISCELANEA

Cálido y dulce, por George Maharis (CBS).

Silvie Vartan, por SV (Victor).

La novicia rebelde, de la banda de sonidos de la película interpretada por Julie Andrews (Victor).

• *Casas consultadas*: Breyer, Casa América, Club Internacional del Disco, Iriberry, Lottermoser, Neumann, Night and Day, Piscitelli, Ricordi y Romero & Fernández. ♦



Lord Jim (O'Toole, Pwon, Lavi): Tal como lo escribió Conrad.

Film

La moral de los héroes

LORD JIM (idem, USA, 1965), producción Columbia en technicolor y panavisión 70. Director: Richard Brooks. 160m.

"Se me ha llamado cobarde, se me ha llamado héroe. Ni el filo de un papel separa una condición de la otra", reflexiona Lord Jim ante su protector, el señor Stein. "Cobardes y héroes son hombres corrientes que en un segundo hacen algo fuera de lo corriente." La frase no implica sólo una definición de sí mismo, una toma de conciencia sobre la ambigüedad del comportamiento humano; es también una explicación del novelista Joseph Conrad (y, por extensión, del realizador Richard Brooks) sobre el estilo y las ambiciones de esta obra: trazar el retrato de una culpa, de un sentimiento de responsabilidad e inseguridad, a través de una historia épica. Que el clima de esa historia sea exótico (el de las junglas malayas) no es un mero accidente geográfico: el refugio de los antihéroes como Lord Jim es por fuerza el aislamiento, el anonimato.

El ex marino Conrad sintió como ningún otro escritor inglés esa suerte de ciega fatalidad. Elaboró su *Lord Jim* entre 1899 y 1900, cuando tenía 42 años —había nacido en la Ucrania polaca con un nombre que sólo los eruditos memorizan: Józef Teodor Konrad Nalecz Korzeniowski— y hacía apenas 20 que había desembarcado en Suffolk sin conocer sino una decena de palabras de la lengua en la que acabaría por ser un maestro. En sus novelas, pese a las apariencias, importan menos los hechos que los personajes, porque los verdaderos estallidos de tragedia se concentran — como Conrad insinuaba en *Nostromo*— sólo en el corazón de los hombres.

El tema de *Lord Jim* es quizá el que mejor sintetiza su mundo de creación; de ahí que la fidelidad estilística y conceptual del film a la novela fuese una condición clave de su nobleza artística. El realizador Brooks (53 años) suele ser un traidor implacable de los relatos que elige: *Sangre sobre*

la tierra (Something of Value, 1957), sobre una novela de Robert Ruark; *Los hermanos Karamazov* (1958), sobre Dostoyevski; *La gata sobre el tejado de zinc caliente* (Cat on a Hot Tin Roof, 1958) y *Dulce pájaro de juventud* (Sweet Bird of Youth, 1962), sobre Tennessee Williams, son testimonios de la impiedad con que trata Brooks a sus autores. A partir de *Elmer Gantry* (1963), sin embargo, su pasión por una moralidad transformada en praxis lo arrancó de un mundo narrativo cada vez más falso y enrarecido, cada vez más distante de la franca violencia de sus mejores films, *Semillas de maldad* (Blackboard Jungle, 1954) y *Crisis* (1950).

Lord Jim recoge las cenizas de esa pérdida grandeza y les da un sesgo diferente: el de la épica en el sentido griego, donde todo heroísmo lleva consigo el embrión de la fatalidad. El protagonista (encarnado por Peter O'Toole con el mismo exasperado amaramiento que había puesto al servicio de Lawrence de Arabia) incurrió una noche de tormenta, en un fatal acto de cobardía: abandonó el navío *Fatna*, donde se había alistado como primer oficial, con 800 peregrinos musulmanes a bordo. Lo que sigue es la crónica de su devota expiación; pero más allá de eso, es también un encendido análisis del sentimiento inglés del humor, del juego de relaciones entre blancos y malayos, de lo que significa estar dentro y fuera del mundo, aunque la lógica indique que un pueblo perdido junto al golfo de Siam está al margen del mundo.

Conrad y su devoto Brooks componen esa minuciosa lección ética a través de tres figuras poderosas: la del propio Jim, un dubitativo, con miedo al miedo y, sobre todo, temeroso de que su vocación de héroe le impida llevar adelante su vocación de hombre; la del general (un excelente Eli Wallach), para quien hasta el Mal tiene sus leyes del juego y para quien toda violación de esas leyes acarrea, como en los dramas helenos, desastres y matanzas; y, en fin, el ridículo lugarteniente del general (Curt Jürgens), un timorato que no entiende el sentido de ninguna acción, que aborrece el heroísmo, y que se contenta con manifestar que vive a través de gestos inverosímiles: disparar contra una

cometa, suplicar, empecinarse en destruir.

Pero hasta los personajes de segunda línea están pulcramente trabajados: la amante de Jim (Dahlia Lavi) sabe que está condenada a perderlo; el protector Stein (Paul Lukas) no tolera otros valores que la amistad y el cuidado del pellejo; el capitán-narrador (Jack Hawkins) siente que la única actitud sensata ante las cosas es la de testigo. Entre los tres componen un coro reiterativo, romántico, que presta cierta carnosa cadencia a la narración.

La manera de contar de Brooks es la que conviene a ese intrincado material: jamás se solaza con la lujuriosa escenografía (que incluye el puerto de Hong Kong y las ruinas de Angkor Wat) ni con las frecuentes acciones de masas (asalto a la fortaleza del general, celebración de las cosechas). Las usa sólo como comentario al drama de sus personajes, como elemento desencadenante; algunas facilidades de relato, para subrayar la obsesión de culpa en Lord Jim (sobreimpresiones, escenas paralelas), desgastan apenas ese certero sentido de la concisión dramática.

El film es, ciertamente, un *mam-mouth*, y no quiere disfrazarse de otra cosa. Pero su ventaja sobre otras obras gemelas como *Cleopatra*, *El Cid* ó *55 días en Pekín* consiste en que su ambición apunta a un terreno que no es el del espectáculo, sino el de la moral. Por eso los resultados son más apasionantes. Y también más dignos de conocerse. ♦

Bank of America

adoptó
los servicios de

Música
Funcional
Muzak[®]



Beneficio
al personal y disminuya
los costos de su Empresa

"SOLO MUZAK ES
MUSICA FUNCIONAL"
CONSULTENOS
Música Funcional S.A.C.

Av. L. N. Alem 651 8° P.
T.E. 32 9682-6818